



# Eduardo Garzón

## Desmontando los mitos económicos de la derecha

Guía para que no te la den con queso

Eduardo Garzón  
**Desmontando  
los mitos económicos  
de la derecha**

Guía para que no te la den con queso

*ediciones península*

© Eduardo Garzón Espinosa, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
LIMPERGRAF - impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B-2.888-2017  
ISBN: 978-84-9942-593-1

# ÍNDICE

Introducción	13
<b>I. COMBATIENDO LOS MITOS SOBRE LOS CONCEPTOS DE ECONOMÍA Y DE MERCADO</b>	<b>19</b>
¿Qué es la economía?	19
Diferencias entre una ciencia de la naturaleza y una ciencia social	22
Paradigmas científicos	27
Distintos enfoques de teoría económica	31
Evolución reciente de los enfoques neoclásicos	37
El mercado es una creación de los seres humanos	41
<b>2. DESMONTANDO LOS MITOS SOBRE EL DINERO</b>	<b>51</b>
¿Qué es el dinero?	53
Creadores de dinero	63
Dinero bancario	66
Tipos de dinero	70
Dinero oficial	72
<b>3. DESMONTANDO LOS MITOS SOBRE EL DÉFICIT PÚBLICO Y LA DEUDA PÚBLICA</b>	<b>79</b>
Para que el Estado pueda ingresar, primero debe gastar	79
Inyección de dinero en la economía	83
¿Qué es el déficit público?	87

Deuda pública, soberanía monetaria e insolvencia	93
La deuda pública se puede reducir registrando déficit público	101
El gasto pone en marcha la actividad económica	103
Registrar déficit público es usual y natural	107
La absurda regla de limitación del déficit público	114
Las reglas de déficit y deuda responden a un proyecto ideológico	119
Recapitulando	124
<b>4. DESMONTANDO LOS MITOS SOBRE LA INFLACIÓN</b>	<b>127</b>
La inflación no queda determinada por la cantidad de dinero que exista	134
Los precios son establecidos por los vendedores	142
Diferentes causas en la elevación de los precios	144
Fuerzas que afectan a los vendedores: competencia y estrategia de venta	150
Caso A: incremento del coste de producción	154
Caso B3: nuevo dinero en circulación	158
Caso B4: caída drástica de la producción: hiperinflación	168
Recapitulando	172
<b>5. COMBATIENDO LOS MITOS SOBRE EL CRECIMIENTO ECONÓMICO</b>	<b>175</b>
Características del sistema económico capitalista	176
La ganancia privada es el motor del sistema capitalista	180
El crecimiento económico no tiene por qué ser positivo	188
<b>6. DESMONTANDO LOS MITOS DE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO</b>	<b>199</b>
Comparación entre lo público y lo privado	202
El sector público es clave en la innovación y en el emprendimiento	207
A lo privado le molesta lo público	214
Recapitulando	216

7.	DESMONTANDO LOS MITOS SOBRE EL TRABAJO	219
	Trabajo no es lo mismo que empleo	220
	El progreso tecnológico no tiene por qué destruir empleo	221
	Siempre habrá trabajo que hacer	224
	A los capitalistas les interesa que haya paro	229
	Lo público no «parasita» lo privado	233
	Otros factores que influyen en el nivel y la calidad del empleo	235
	El mito del emprendedor	238
	El problema no es de los parados: el problema es que no hay empleos	244
	Trabajo público garantizado para todos	246
	Críticas al trabajo garantizado	251
8.	DESMONTANDO LOS MITOS SOBRE LAS PENSIONES	257
	Lo importante para los pensionistas no son las pensiones que se pagan	258
	Características del actual sistema público español de pensiones	261
	La austeridad es lo que dinamita el sistema público de pensiones	264
	Soluciones para garantizar unas pensiones dignas	267
	Epílogo	271
	Agradecimientos	277
	Bibliografía	281

## COMBATIENDO LOS MITOS SOBRE LOS CONCEPTOS DE ECONOMÍA Y DE MERCADO

El estudio de la economía no tiene por objeto la adquisición de un conjunto de recetas preparadas para los problemas económicos, sino aprender a no dejarse engañar por los economistas.

JOAN ROBINSON

### ¿QUÉ ES LA ECONOMÍA?

Normalmente cuando alguien oye o lee la palabra «economía» piensa de inmediato en billetes, en números, en empresas, en la bolsa, en gráficos... Eso es lo que por lo general se asocia a la economía porque es lo que estamos acostumbrados a ver a nuestro alrededor cuando se habla de ella. Las películas sobre economía suelen ser de negocios empresariales, habitualmente de tipo financiero; en las secciones de economía de los telediarios siempre nos hablan de la evolución de la bolsa (aunque muy pocos televidentes entiendan qué es exactamente eso y en qué les afecta); en las facultades de económicas las asignaturas

suelen estar repletas de números, de gráficos y de ecuaciones; etc. Todo ello le ha conferido a la economía un cariz frío, técnico, antipático y extremadamente árido. «A mí no me hables de economía, que yo soy de letras y no de números», «Recoge el dinero para pagar la cena tú que eres economista», «¿Eres economista? Entonces tienes que tener pasta», son solo algunas de las frases que inundan nuestra vida cotidiana y que reflejan la imagen de la economía que impera en el imaginario colectivo.

Pero lo cierto es que esa es una imagen inexacta y absolutamente desfigurada de lo que de verdad es la economía. Los números, los billetes, los gráficos, las empresas y la bolsa son elementos de la economía, es verdad, pero conforman solo una pequeñísima parte de esta. La economía va mucho más allá: engloba toda aquella parte de la realidad que tiene que ver con la producción de bienes y servicios, su distribución y su consumo, haya o no empresas de por medio, juegue o no el dinero algún papel. La segunda acepción del término en la Real Academia Española ayuda a entender lo que quiero decir: «conjunto de bienes y actividades que integran la riqueza de una colectividad».

Por ejemplo, cocinar y comer en casa forma parte de lo que debemos entender por economía, independientemente de que se cobre o no por ello, porque en ese proceso se utilizan y transforman recursos naturales y humanos con el objetivo de satisfacer una necesidad humana. También forma parte de la economía el cuidado de las personas (servicio médico, servicio educativo, servicio social, etc.), se cobre o no por esa actividad, puesto que en ese proceso se emplea el trabajo humano para cubrir necesidades. Pero es que cuidar del medio ambiente también es economía, porque asimismo dedicamos tiempo y esfuerzo a realizar una actividad para satisfacer una necesidad determinada.

El lector seguramente creerá que todo esto es, cuando menos, una exageración, porque se están considerando demasiadas



cosas como componentes de la economía, y por esta regla de tres casi todo en esta vida podría ser considerado como tal. Pero es que realmente es así: la economía es transversal a casi todas las dimensiones de nuestra vida y nos afecta a través de multitud de vías y de formas diferentes. Nuestro empleo, nuestros ingresos, nuestros impuestos, nuestra educación, nuestra salud, nuestro ocio... todo ello es indisociable de las relaciones económicas que tienen lugar en nuestra sociedad con el objetivo de satisfacer necesidades. Todo está impregnado por la economía, y es inevitable que así sea cuando uno entiende el verdadero significado y alcance de esta disciplina.

Pero no es que yo esté descubriendo el Mediterráneo con estas afirmaciones. Los aspectos vinculados a la producción, distribución y consumo han estado siempre integrados dentro de las formas de pensar la sociedad en su conjunto. Esto empezó a cambiar cuando surgió la disciplina de la economía política con Adam Smith en el siglo XVIII y cuando la economía se independizó «teóricamente» de la sociedad. Desde entonces, la manera de entender la economía fue quedando desprovista de todo contacto con su entorno social, limitándose prácticamente en exclusiva al intercambio de mercancías.

Esto es así porque la forma de entender la economía no ha sido siempre la misma, sino que ha sufrido numerosas e importantes transformaciones a lo largo de toda la historia del ser humano. Además, en ese curso continuo de alteraciones, los estudiosos de la economía difícilmente han estado de acuerdo, ya que por lo general han centrado su atención en elementos muy diferentes y variados. La explicación de estos fenómenos es que existe una gran diversidad de corrientes o formas de abordar el estudio de las cuestiones económicas. En definitiva, los analistas no se han puesto de acuerdo en precisar exactamente qué es lo que debe estudiar la economía y cómo debe hacerlo.

¿Y por qué ocurre esto? Básicamente porque la economía es una ciencia social y no una ciencia de la naturaleza, a pesar de que a menudo se la intente presentar como tal.

#### DIFERENCIAS ENTRE UNA CIENCIA DE LA NATURALEZA Y UNA CIENCIA SOCIAL

Las ciencias de la naturaleza son aquellas que tienen por objeto de estudio la naturaleza, como por ejemplo la física, la astronomía, la geología, la química, la biología... En cambio, las ciencias sociales son aquellas que tienen por objeto de estudio las sociedades humanas, como por ejemplo la economía, la politología, la historia, la psicología, el derecho... Existen muchas diferencias entre los dos tipos de ciencias. Veamos las más relevantes.

Los científicos de materias de la naturaleza estudian la realidad de una manera distanciada. Cuando un astrólogo, por ejemplo, estudia los astros, sabe perfectamente que él mismo está situado en un plano distinto de la realidad que estudia. Se enfrenta a fenómenos que no puede modificar a su libre voluntad y con los que no interactúa. El objeto que se analiza, en este caso los astros, no alterará su curso por el hecho de ser observado. En cambio, no ocurre lo mismo en el campo de las ciencias sociales. Cuando un investigador de cualquier rama de esta ciencia, un economista por ejemplo, se empeña en estudiar la realidad social, se encuentra ante un complejo haz de interinfluencias mutuas entre él y lo investigado. El economista no es completamente ajeno a las cuestiones objeto de su atención, porque él mismo es parte de la realidad social. De igual manera, cuando las personas son observadas en sus comportamientos, son influidas por la propia observación. El clásico ejemplo lo conforman las encuestas electorales: la mera

observación de la realidad —consultar a las personas cuál es su elección preferida de voto— puede alterar esa misma realidad, ya que en función de los resultados de la encuesta, algunos potenciales votantes pueden replantearse su elección. Es evidente que esto no pasa en las ciencias de la naturaleza; por ejemplo: debido a la fuerza de la gravedad un cuerpo va a tender siempre a caer independientemente de que ese cuerpo esté siendo observado o analizado por una persona.

Esto se debe al simple hecho de que los seres humanos son entes libres, con voluntad propia y con capacidad de realizar cambios en su entorno, en contraposición con los elementos estudiados en una ciencia natural. El comportamiento de estas personas que son objeto de observación es influido y puede ser alterado por los análisis de observación.

Además, las ciencias de la naturaleza cuentan con una ventaja indiscutible que no poseen las ciencias sociales: el de la verificación de los resultados mediante la repetición de experimentos. El carácter fijo y no errático de los elementos de la naturaleza permite al científico realizar experimentos y tener la seguridad de que los resultados no van a ser modificados por ningún componente de libre albedrío; es decir, un físico puede soltar un cuerpo pesado y medir cuánto tiempo tarda en llegar al suelo desde una determinada altura. Ese experimento lo podrá repetir infinitas veces en las mismas condiciones de entorno siendo plenamente consciente de que el resultado será siempre el mismo, pues la masa del cuerpo y la ley de la gravedad no van a cambiar. Repetir el experimento le servirá para confirmar que el resultado que ha obtenido es el acertado. Sin embargo, si un científico social quiere poner a prueba algún resultado obtenido en un experimento, nunca podrá volver a repetir el experimento en las mismas condiciones. Un economista, por ejemplo, podría intentar averiguar qué productos compra un determinado consumidor con una renta determina-

da. Pero si tratara de repetir el experimento, se daría cuenta de que el resultado no tiene por qué ser siempre el mismo porque tampoco lo son las condiciones iniciales. Lo mismo ocurre en unas elecciones: es imposible repetir los comicios en idénticas circunstancias y, por lo tanto, es seguro que no se obtendrá el mismo resultado. La libertad de la que gozan las personas hace que sus comportamientos sean erráticos y no respondan a una ley universal e inalterable como en el caso de los elementos de la naturaleza. Este hecho complica el estudio de las ciencias sociales, ya que los analistas tienen más difícil confirmar la validez de los resultados que obtienen en sus experimentos.

Para solventar (relativamente) este problema, la ciencia económica recurre a modelos teóricos que intentan simular a pequeña escala lo que realmente ocurre en el mundo de los fenómenos económicos. Los modelos son simplificaciones de la realidad, una especie de maquetas para realizar en ellas los experimentos. Las pruebas se hacen en estos modelos o maquetas a partir de una serie de premisas que operan como axiomas (principios que no requieren demostración), para luego extrapolar los resultados a la realidad y así poder realizar predicciones sobre el comportamiento de los agentes económicos. Sin embargo, el economista debe ser muy consciente de que está empleando un modelo que parte de unas determinadas premisas (no demostradas) que determinarán en un sentido u otro los resultados obtenidos en el mismo. Dependiendo de la naturaleza y sentido de las premisas, el modelo ofrecerá un resultado u otro, pudiendo llegar estos a estar muy distanciados entre sí. No obstante, desgraciadamente, el científico no siempre es consciente de ello o no le da la importancia que debiera y confunde los resultados de su modelo con los que se obtendrían en el mundo real en el caso de realizar el mismo experimento.

La pretensión última de las ciencias sociales suele ser estudiar el entorno del ser humano para modificar sus condiciones

de vida. Es decir, los científicos sociales se suelen preocupar de responder a las preguntas: ¿qué hay que hacer para vivir mejor? y ¿cómo lo podemos hacer? Lo que ocurre es que las respuestas a estas preguntas no son objetivas, sino que dependen de las preferencias y creencias de la persona que las responda. Unos creerán que la mejor opción es una cosa, mientras otros creerán que lo es otra, lo que nos enlaza claramente con las reflexiones éticas, los principios, los valores, los ideales... Por ejemplo, en un ayuntamiento puede haber dinero para construir un colegio público o una iglesia, pero no ambas cosas. En ese caso, ¿el problema tiene una solución única o exacta como ocurriría en un problema de matemáticas? Evidentemente no. La solución al problema dependerá de los principios y valores de las personas que tengan que tomar la decisión, que siempre será subjetiva y nunca objetiva.

Por lo tanto, es evidente que la economía, como ciencia social que es, no puede ser objeto nunca de un método científico riguroso, frío, objetivo, matemático y calculador —como sí lo pueden ser las ciencias naturales— debido a la multitud de variables y fenómenos que determinan el comportamiento del ser humano. Por eso siempre existirán economistas con opiniones muy diferentes entre sí, incluso del todo opuestas.

Normalmente la economía se presenta como una ciencia exacta (de ahí esa recurrente utilización de los números, gráficos y ecuaciones, con la pretensión de otorgarle una imagen que corresponde a las ciencias naturales), como algo que es lo que es sin dar cabida a la discusión. Cuando un ministro de Economía afirma «no queda más remedio que realizar recortes en el gasto público», o cuando en un examen de economía hay que contestar —bajo amenaza de suspenso— que «hay que moderar los salarios para lograr el crecimiento económico», no se trata de un resultado único y exacto derivado de un proceso de estudio objetivo y riguroso, sino que está plagado de los

propios principios y juicios de valor de quien emite el mensaje. Para cada problema económico no solo existe una solución (como ocurre con un problema de matemáticas o de física), sino que existen tantas soluciones como formas de concebir el mundo tengan las personas que abordan el problema.<sup>1</sup>

Desgraciadamente, todo esto no se suele explicar en las facultades de economía, en las tertulias económicas o en los periódicos especializados en asuntos económicos porque existe un interés implícito en presentar la ciencia económica como una ciencia exacta. La mejor forma de evitar que se cuestionen tus decisiones es presentarlas como verdades irrefutables derivadas de un proceso de análisis frío y riguroso, y si además puedes hacer que ese proceso sea lo más árido e inentendible posible para todos utilizando números y ecuaciones, mejor que mejor. La ciencia económica es utilizada como herramienta por los poderosos para condicionar e influir en el mundo en que vivimos, evidentemente a favor de sus intereses. Esto, claro está, también ocurre con muchas otras ciencias sociales como el derecho, la historia, la politología, la educación, etc.

De ahí que, cuando un estudiante entra en una facultad a estudiar economía, en ningún momento le adviertan de que hay muchas formas de entender y abordar los problemas económicos. Hay asignaturas que se denominan «Teoría Económica», así, en mayúsculas, como si solo existiese una teoría y no decenas de ellas. Si uno no se preocupa de obtener información plural y alternativa, acaba por terminar la carrera creyendo que lo que ha aprendido es la verdad única y absoluta y que no puede haber discusión sobre ello. Como se puede ver, es una forma muy sutil de adoctrinamiento. Esos licenciados economistas van luego difundiendo lo aprendido por todos los

1. A. Ramos, *Sobre la actitud crítica en cualquier ciencia y especialmente en las sociales*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2010.

sitios, pasando por empresas, tertulias, organismos económicos, reuniones familiares o de amigos, barras de bar, gobiernos, etc., y como gozan del reconocido estatus de «economista», pocos ponen en duda sus palabras, especialmente si utilizan tecnicismos y ecuaciones que no están al alcance de cualquiera. Y lo peor de todo es que la mayoría de ellos no son conscientes de que han aprendido y de que contribuyen a alimentar un enfoque de teoría económica impulsado por los poderosos para continuar preservando el *statu quo*. Se convierten inocentemente en piezas indispensables de un enorme engranaje controlado por las élites para que su forma de concebir la economía sea la que impere en la sociedad.

De ahí el surgimiento y el desarrollo de la Economía Crítica como movimiento que denuncia las visiones únicas y hegemónicas de la ciencia económica y los actuales métodos economicistas que trabajan sobre mundos ficticios con premisas inverosímiles que nada tienen que ver con la realidad social, y que aboga por la diversidad y la interdisciplinariedad que una ciencia tan compleja como la económica debería tener.

## PARADIGMAS CIENTÍFICOS

Atendiendo a la Real Academia Española, un paradigma es una «teoría o conjunto de teorías cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y que suministra la base y modelo para resolver problemas y avanzar en el conocimiento». Los paradigmas evidentemente evolucionan con el tiempo: la comunidad científica no piensa de la física lo mismo hoy que en la Edad Media, por ejemplo. En las ciencias de la naturaleza normalmente un paradigma cambia cuando determinados acontecimientos exógenos ponen en cuestión su utilidad como herramienta para explicar la realidad. Por ejemplo, el descubrimiento de que la

Tierra giraba alrededor del Sol y no al revés, como se pensaba hasta entonces. Cuando esto ocurre, la escuela de pensamiento hegemónica termina siendo sustituida por otra escuela que parece adaptarse mejor a las circunstancias, conformando finalmente con ello un nuevo paradigma.

En cambio, en el marco de las ciencias sociales la sucesión de paradigmas no es un proceso que necesariamente va abandonando teorías falsas y sustituyéndolas por otras más acertadas. No tiene por qué tratarse de una acumulación de conocimientos que va encaminada a una mejora en la forma de entender la realidad. Un nuevo paradigma no tiene por qué haber solucionado para siempre el problema que no resolvían las teorías anteriores, como se piensa normalmente (porque suele ocurrir en las ciencias naturales); simplemente ha centrado el análisis en diferentes aspectos y ha podido adaptarse mejor a la coyuntura de la época; pero eso no implica que sea una superación del anterior paradigma científico. Ni que decir tiene que, en el ámbito de la economía (aunque no solo), los poderosos maniobran para que el paradigma que le es más favorable a sus intereses se imponga a los demás y perviva, independientemente de que explique mejor o peor los fenómenos económicos. Una vía para hacerlo la hemos comentado ya: que el paradigma dominante sea el único que se presente y explique en los centros de enseñanza. Pero hay muchas más.

Por ejemplo, para poder ser profesor universitario es necesario ganar una serie de méritos académicos, y la forma de hacerlo es, entre otras cosas, publicando artículos en revistas académicas de prestigio. Las revistas económicas más importantes (y también las que no lo son tanto) suelen ser las que comparten el paradigma o modelo teórico dominante, por lo que la única forma de llegar a ser profesor universitario es dedicando tiempo y esfuerzo a realizar análisis bajo el enfoque dominante, fortaleciéndolo así y, por lo tanto, dificultando



que se pueda fortalecer otro tipo de paradigmas o marcos teóricos. Además, si uno pide financiación a organismos oficiales o entidades financieras para su investigación, solo la encontrará si la misma adopta el enfoque teórico hegemónico; si no, difícilmente lo logrará. Otro ejemplo: los encargados de conceder los premios Nobel están adscritos al paradigma dominante, y solo entregan premios a aquellos economistas que hayan investigado cuestiones circunscritas a ese paradigma. Y ya se sabe la enorme influencia que tienen los economistas que han recibido un premio de este rango. Otro más: a las tertulias económicas de mayor difusión mediática acuden sobre todo economistas adscritos en mayor o menor medida al paradigma dominante, y solo de forma puntual se invita a economistas que tienen una concepción de la materia sustancialmente diferente.

Recupero una anécdota que ejemplifica muy bien todo este asunto. Auguste Walras, padre de uno de los economistas con más influencia de la historia, Léon Walras, le escribió a este una carta el 6 de febrero de 1859 en la que se podía leer: «Algo que encuentro perfectamente satisfactorio en el plan de tu trabajo es tu intención —que apruebo desde cualquier punto de vista— de mantenerte en los límites más inofensivos respecto a los señores propietarios. Hay que dedicarse a la economía política como uno se dedicaría a la acústica o a la mecánica».<sup>2</sup> Es decir, aplaudía que las investigaciones de su hijo no pusiesen en riesgo los privilegios de los poderosos, consciente de que, de no ser así, tendría muy difícil prosperar como economista.

Todo esto provoca que la tarea de los analistas esté orientada no tanto a buscar novedades, sino a perfeccionar los paradigmas establecidos, acoplando mejor los hechos a la teoría, articulando mejor la teoría, etc. Esto, además de marginar al

2. Extraído de Xavier Arrizabalo, *Capitalismo y economía mundial*, Instituto Marxista de Economía, Madrid, 2014.

resto de las escuelas de pensamiento económico, fortalece la salud del paradigma en cuestión, y hace que su desaparición sea siempre un proceso lento y difícil. De hecho, tal y como sostuvo Max Planck,<sup>3</sup> «una nueva verdad científica no triunfa por medio del convencimiento de sus oponentes, sino más bien porque dichos oponentes llegan a morir y crece una nueva generación que se familiariza con ella». No importa que el paradigma dominante no sirva para explicar adecuadamente los fenómenos que ocurren en la realidad y que existan otros marginados que lo hagan mejor; lo importante es que las élites utilizarán todos sus medios para lograr que prevalezca el paradigma que sea más favorable a sus intereses, independientemente de su validez científica. Así se expresó al respecto Andrew Mold: «Para explicar el dominio de una idea económica concreta debemos saber más sobre cómo se forman y se difunden las ideas entre los profesionales de la economía y cómo estas ideas están vinculadas con las estructuras de poder».<sup>4</sup>

Así se entiende mejor que los investigadores de la economía suelen estudiar los problemas que más afectan a los grandes intereses económicos o políticos —pues son los que marcan y condicionan qué se va a estudiar— y dejen de lado otro tipo de problemas económicos que conciernen a los menos favorecidos y cuya resolución podría lograr una sociedad más justa e igualitaria. Solo así puede entenderse, por ejemplo, que se dediquen muchísimos más esfuerzos de investigación a los mecanismos que posibilitan el aumento de ventas de determinados productos que a resolver o mitigar la pobreza mundial, que es el problema económico más grave del ser humano.

3. Citado en José Félix Tezanos, *La explicación sociológica: una introducción a la Sociología*, UNED, Madrid, 2006.

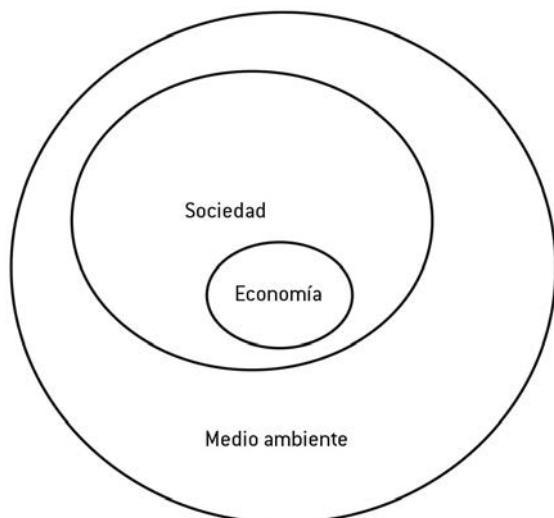
4. Citado en Ha-Joon Chang, *Retirar la escalera: la estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, Catarata, Madrid, 2004.

## DISTINTOS ENFOQUES DE TEORÍA ECONÓMICA

Sin ánimo de ser exhaustivo, voy a presentar las visiones más destacadas de la economía que han ido apareciendo a lo largo de la historia reciente, compartan o no el mismo paradigma científico, centrándome sobre todo en cuáles han sido sus principales campos de estudio. Esta presentación irremediabilmente mostrará que el pensamiento económico ha ido vaciándose poco a poco del contenido propio de la economía. Como ya vimos con anterioridad, la economía es la ciencia que estudia la forma por la cual se organiza una sociedad a través de la producción, la distribución y el consumo de bienes y servicios. Para poder llevar a cabo esos tres tipos de actividades es necesario que los seres humanos se organicen para transformar recursos naturales que se encuentran en el medio ambiente, y para distribuir los productos elaborados entre las distintas colectividades que desean consumirlos. Por lo tanto, la economía opera en un medio natural, en cuanto a que depende de los recursos de la naturaleza y, además, requiere que sea este el espacio donde se produzca la actividad económica; y opera en un medio social, ya que la producción, distribución y consumo no puede llevarla a cabo una sola persona, sino que es necesario que la gente se organice a través de todo tipo de normas, instituciones y colectivos.

Tampoco la sociedad puede desentenderse del medio ambiente, pues necesita que este cumpla las condiciones adecuadas para permitir la organización de los individuos. En consecuencia, la economía es un ámbito circunscrito al entorno social, mientras que este depende del entorno natural. Sin embargo, y como veremos, las escuelas de pensamiento más influyentes han olvidado la relación que tiene la economía con la sociedad o la que tiene con la naturaleza, o ambas relaciones.

Figura 1. RELACIÓN ENTRE LA ECONOMÍA, LA SOCIEDAD Y EL MEDIO AMBIENTE



La primera vez que empezó a hablarse de economía fue en la época de la Grecia clásica, aunque fuese siempre de forma desordenada y circunscrita a la filosofía. De hecho, el término «economía» proviene etimológicamente del griego, al hacer referencia al arte de administrar la casa (*oikos*: casa; *nomos*: administrador). Por aquel entonces, su principal preocupación era el conjunto de los problemas de la vida cotidiana, como la producción, el comercio, la moneda, los precios, la división del trabajo... y todo ello orientado principalmente a la formulación de preceptos morales y reglas prácticas de conducta, pues los griegos sabían bien que la producción, distribución y consumo son actividades relacionadas con las consideraciones éticas, los valores y los principios.

Las ideas y reglas morales siguieron estando vinculadas al estudio del ámbito económico durante todos los siglos que separan la Grecia clásica de los primeros vestigios del siste-

ma capitalista, a finales del siglo XVII. Los profundos cambios que provocaba la lenta pero progresiva instauración del sistema económico capitalista inevitablemente lograron que los pensadores dejaran de lado las consideraciones morales y se interesaran de pleno por la nueva situación. Al mismo tiempo, la lógica capitalista contrastaba fuertemente con algunos planteamientos morales que impedían ciertas prácticas muy rentables, como por ejemplo el cobro de intereses derivados de un préstamo, algo que durante mucho tiempo fue considerado una práctica usurera<sup>5</sup> y despreciable. Como dice el economista José Manuel Naredo, «la antigua moral que entorpecía el deseo de hacer ganancias ilimitadas dio paso a la nueva ciencia que las justificaba como el camino idóneo de acceder al bien común».<sup>6</sup> Paralelamente a la consolidación del sistema capitalista, las viejas consideraciones éticas fueron relajándose y limitándose. En ello podemos ver los primeros indicios de vaciamiento de la economía, ya que los pensadores de la época fueron abandonando poco a poco la dimensión ética que necesariamente ha de tener la ciencia económica.

En 1615 se utilizó por primera vez la expresión «economía política», de la mano de Antoine de Montchrestien. Con ella se quiso expresar que las relaciones económicas tienen lugar en una comunidad organizada políticamente y que la dimensión económica interactúa de modo inevitable con la política. Por lo tanto, según este enfoque, el estudio económico debe tener en cuenta los flujos de poder existentes. Esto es algo que ya habíamos visto cuando hablábamos de que los distintos grupos sociales siempre utilizan sus capacidades para lograr que la actividad económica (producción, distribución y consumo) les sea favorable y cuanto más poder se tenga, mayor influencia

5. El análisis de la lógica capitalista será llevado a cabo en el capítulo 5.

6. Citado en Juan Torres, *Economía política*, Pirámide, Madrid, 2010.

en la misma se tendrá. Por eso son los más poderosos quienes más privilegios obtienen de la configuración económica de las sociedades. Al fin y al cabo, la política y la economía son dos caras de la misma moneda. Aunque actualmente de eso no se hable un ápice en las facultades de economía, en las tertulias o en la barra del bar.

Los fisiócratas fueron una serie de pensadores que vivieron en el siglo XVIII en Francia. Para entonces en ese país, el sistema capitalista ya iba cogiendo forma a través del capitalismo mercantil y el artesanado que lo surtía con sus productos. Sin embargo, la agricultura seguía siendo crucial en la economía del país y, además, era considerada mucho más que una simple ocupación: era toda una forma de vida. Incluso en cierta manera podía considerarse una forma de arte. Por lo tanto, no es de extrañar que para los fisiócratas el tema central fuese el papel de la agricultura como fuente de toda riqueza. Para François Quesnay, su principal figura, la economía es una máquina alimentada por materiales del seno de la naturaleza, que se limita a elaborarlos sin aportarles ningún tipo de valor.<sup>7</sup> Queda claro que los fisiócratas tenían muy en cuenta la relación existente entre la economía y la naturaleza. Pero tampoco se olvidaban del componente social: los fisiócratas engrandecían la agricultura con la intención de conservar una antigua sociedad en la que los propietarios rurales gozaban de superioridad social y privilegios, y al mismo tiempo pretendían rechazar las intromisiones del capital mercantil y las fuerzas industriales que de él se derivaban.

La siguiente escuela de pensamiento relevante es la llamada «clásica», que surge y se desarrolla cuando el capitalismo ya se había instalado sólidamente en la mayoría de los países euro-

7. Ángel Martínez González-Tablas, *Economía política mundial. I. Las fuerzas estructurantes*, Ariel, Barcelona, 2007.

peos. Si bien es cierto que dentro de este grupo se enmarcan autores de muy diverso pensamiento (como Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill, Karl Marx...), no se puede negar que todos ellos tienen una preocupación común: la interpretación de las leyes de conducta y evolución de la economía. Se centran en el plano productivo, pues es en él donde se asientan las relaciones sociales entre las personas. Por ejemplo, las personas que sean propietarias de los medios de producción —los empresarios— tendrán un estatus social, unas costumbres, un punto de vista, unos intereses y una forma de vivir muy diferentes al estatus social, costumbres, punto de vista, intereses y forma de vivir de las personas que trabajen en el mismo medio de producción aportando su fuerza de trabajo —los trabajadores—. Las relaciones sociales de los individuos que componen una comunidad vendrán determinadas por los papeles que cada uno de ellos mantenga en la dimensión productiva de la economía. Los clásicos entendían que la economía está imbricada en la sociedad, al conformar dos dimensiones inseparables que interactúan constantemente, siendo imposible analizar una sin atender a la otra. Sin embargo, no sucede lo mismo con la naturaleza, la tercera dimensión que antes habíamos identificado. Los clásicos centraron toda su atención en el ciclo productivo (producción, distribución y consumo), dejando en un plano muy superficial la entrada de materiales y de energía distintos del trabajo. Para ellos era más importante lo que ocurría con los materiales durante su elaboración en las empresas que el hecho de que fuesen elementos extraídos de una biosfera relativamente delicada. Muy pocos clásicos abordaron el tema de la extracción de recursos como un coste ambiental, así como la mayoría de ellos ignoraron las consecuencias perjudiciales que supone para el medio ambiente el vertido de residuos.

Esto fue así por muchas razones, entre las cuales destacan tres. En primer lugar, los analistas económicos de la época

se preocuparon sobre todo de las durísimas condiciones a las que estaban sometidos en las fábricas los trabajadores que habían emigrado desde el ámbito rural, que era lo que veían a su alrededor todos los días. En segundo lugar, los negocios de la Revolución industrial eran principalmente urbanos y mantenían muy poca relación con la naturaleza. Puesto que los problemas medioambientales no resultaban tan evidentes, no acabaron captando la atención de los pensadores. En tercer lugar, por aquella época aún no se conocían las leyes de la termodinámica, y por tanto tampoco se conocía el comportamiento de la energía ni su conservación. Los clásicos podrían haber imaginado que el planeta es un sistema cerrado en cuanto a materiales y abierto en cuanto a energía, pero difícilmente podrían haber entendido que es mucho más fácil la conversión de los materiales en energía que la conversión de energía en materiales.

La «escuela neoclásica» supuso un nuevo y destacado cambio en la percepción de los fenómenos económicos y en la metodología utilizada para analizarlos. Al igual que ocurre con los clásicos, dentro de la escuela neoclásica se encuentran autores con enfoques muy diferentes entre sí. El denominador común de todos ellos es la perspectiva de una economía organizada por el mercado como consecuencia del comportamiento de individuos racionales cuyas decisiones configuran todo el espectro económico. El plano de la producción pierde importancia, al igual que la sociedad, que pasa a ser en la práctica la suma agregada de todos esos individuos supuestamente racionales. Asimismo, las clases sociales pasan a un segundo lugar y solo reaparecen en momentos puntuales. El núcleo central de la investigación es el equilibrio de los deseos, necesidades y ofertas de unos individuos racionales, y no tanto los individuos en sí. Supone, en definitiva, el radical abandono de la dimensión social en el análisis de los fenómenos económi-



cos. Si ya los clásicos se habían olvidado del entorno natural, los neoclásicos hacen lo propio con el entorno social.

Así las cosas, los autores adheridos a la escuela neoclásica pasaron a centrarse casi exclusivamente en la dimensión mercantil, considerando la economía como un campo independiente de cualquier otra consideración ética, social, política o ecológica. De ahí que hoy día la gente piense en dinero, en números, en la bolsa y en empresas al oír la palabra «economía». Pero bien sabemos ya que eso es solo una pequeña parte de todo lo que engloba esta disciplina.

Durante la hegemonía académica de las tesis neoclásicas fueron apareciendo otros enfoques económicos de especial importancia, como el liberalismo, el keynesianismo o el monetarismo. Sin embargo, y a pesar de todas las diferencias que presentaban frente a la escuela neoclásica, lo cierto es que siguieron tratando a la ciencia económica como una dimensión no relacionada con la ética, la sociedad y el medio ambiente. Es en este contexto en el que hay que ubicar los planteamientos dominantes en el pensamiento económico actual.

#### EVOLUCIÓN RECIENTE DE LOS ENFOQUES NEOCLÁSICOS

El «liberalismo» es una corriente que propugna la mayor libertad posible para los agentes económicos, en particular las empresas. Según esta visión, dejar hacer libremente a los empresarios, trabajadores y consumidores es la mejor forma de lograr el enriquecimiento de las sociedades. Las reglas y leyes encaminadas a poner trabas a la autonomía de los individuos se entienden como verdaderos obstáculos al progreso económico. Cuestiones como establecer un salario mínimo legal, imponer tributos a la gente o regular por ley los precios han de ser minimizadas o evitadas a toda costa, según estas tesis.

En cierta manera, esta visión prevaleció con fuerza en el mundo académico y en el ámbito de la política económica al menos hasta la década de 1930. Hasta entonces, las leyes daban bastante margen a los empresarios para operar, estableciendo los salarios y precios más convenientes a sus intereses. Pero fue la mayor crisis económica que se ha vivido en la historia, la ocasionada por el crac financiero de 1929, la que actuó como ariete frente al liberalismo, ya que se fue extendiendo la idea de que el crac había sido originado por haber dejado a las empresas —y particularmente a las financieras— hacer cualquier cosa en sus operaciones de negocio.

La respuesta de los gobernantes de la época fue dar marcha atrás en sus políticas, y comenzaron a legislar para que los bancos y empresas productivas tuviesen importantes restricciones en sus actividades, para que existiesen salarios mínimos legales, para que la población más vulnerable tuviese protección económica en forma de subsidios, pensiones y todo tipo de prestaciones, y para que existiesen derechos como la educación y la sanidad garantizados por las administraciones públicas. De forma paralela, los Estados incrementaron la carga fiscal y su gasto e inversión, estimulando la actividad económica desde las herramientas estatales. Fue conformándose así en muchos países occidentales lo que hoy día conocemos como el Estado de bienestar de la mano de una nueva corriente académica que ha sido frecuentemente denominada como keynesianismo, por ser el economista John Maynard Keynes uno de los principales defensores de la intervención pública en épocas de crisis.

Este enfoque económico se impuso a los demás durante los años cuarenta y se mantuvo dominante hasta aproximadamente la década de 1980, conservando todavía hoy importantes vestigios en los centros de enseñanza y en los de poder. No obstante, la conocida como primera crisis del petróleo, acaeci-

da en los años setenta, que provocó fuertes niveles de inflación y de recesión económica, dinamitó las tesis keynesianas toda vez que se consideró que resultaba incapaz de explicar los fenómenos económicos en una época nueva caracterizada por la pérdida de influencia de los Estados.

La respuesta de los opositores académicos y políticos fue proponer una vuelta a los preceptos liberales: menor tamaño del Estado (menores impuestos, menores gastos y menores empresas públicas), más libertad para las empresas, menos protección para los trabajadores y para la población vulnerable, etc. A todo este nuevo movimiento se lo ha denominado «neoliberalismo», y fue abanderado por primera vez por la dictadura chilena de Pinochet que tuvo lugar entre 1973 y 1999, y por Ronald Reagan y Margaret Thatcher a partir de los años ochenta en Estados Unidos y el Reino Unido, respectivamente.

Con la gran crisis iniciada en el año 2008, a la que muchos consideran consecuencia —otra vez— de haber aplicado los principios neoliberales, cabía esperar un debilitamiento de estas tesis. Y de hecho así lo pareció en los primeros meses de crisis, cuando los gobernantes hicieron todo tipo de declaraciones en contra de, por ejemplo, los paraísos fiscales y a favor de «refundar sobre bases éticas el capitalismo».<sup>8</sup> Sin embargo, muy pronto se olvidaron esas buenas intenciones, y la respuesta de la élite económica y política fue dar una nueva vuelta de tuerca a los planteamientos neoliberales, intensificando las actuaciones legislativas para otorgar más libertad a las empresas y menos protección a los trabajadores y a la mayoría social. Y este es el momento histórico en el que nos encontramos.

Estas diferentes corrientes de teoría económica pueden ser también clasificadas en función de dónde pongan el acento: si en la «oferta» o en la «demanda». «Oferta» es el nombre que

8. Discurso de Nicolas Sarkozy en Tolón el 25 de septiembre de 2008.

hace referencia al espacio en el que se producen los bienes y servicios (el que afecta a los «oferentes» de productos); es decir, la producción. En cambio, «demanda» es el ámbito en el que se encuentran los que compran esos bienes y servicios (el que afecta a los «demandantes» de productos); es decir, el consumo.

Según los enfoques de oferta, entre los que se encuentran el liberalismo y el neoliberalismo, tanto las virtudes como los defectos de cualquier economía se explican por las circunstancias de las empresas y entidades que producen bienes y servicios. Si una economía funciona bien es fundamentalmente porque las empresas están siendo capaces de crear productos útiles de una forma eficiente, y si una economía funciona mal es sobre todo porque algo está impidiendo que las empresas puedan hacerlo. Los agentes económicos que compran los productos juegan así un papel subalterno: si las empresas lo hacen bien, les comprarán sus bienes y servicios, y si lo hacen mal, no. Que las ventas se realicen depende de cómo lo hagan las empresas.

En cambio, según los enfoques de demanda, entre los que se encuentra el keynesianismo, da igual lo bien o mal que lo hagan las empresas a la hora de producir bienes y servicios, ya que, si los potenciales compradores no tienen suficiente capacidad adquisitiva, las ventas no tendrán lugar. Los agentes económicos que compran los productos juegan así un papel central: si su capacidad adquisitiva es suficiente, podrán comprar bienes y servicios, y si no es suficiente, no podrán, al margen de lo eficaces y eficientes que sean las empresas productoras.

Como se puede apreciar, se ha descrito el caso más extremo de cada uno de los tipos de enfoques, pero el universo de teorías económicas es mucho más heterogéneo y complejo. No todos los enfoques de oferta subestiman el papel de la demanda, ni al contrario; aunque es cierto que normalmente cada uno de ellos tiende a darle un papel protagonista a uno de los dos lados en detrimento del otro.